

ADMINISTRACIÓN  
DE PATRICIO RIVAS

Situación de Nicaragua. —Desvíos de Walker. —Situación del partido democrático. —Actitud del clero. —«*El Nicaragüense*». —Conducta de los filibusteros. —Comentarios de la prensa extranjera. —Política americana. —Cuestión inglesa. —Actitud del Presidente Pierce. —El ministro French. —Reconocimiento que hace *mister Wheeler*. —Protestas del Cuerpo Diplomático. —Rechazo de French. —Sus proposiciones a Marcoleta. —Enganches americanos. —Decretos imprudentes de Walker. —La Compañía de Tránsito. —Actitud de ésta. —Llegada de Cabañas. —Mal éxito que obtiene. —Reunión democrática. —Jerez renuncia del ministerio. —Política de Walker. —Los legitimistas huyen a los bosques. —Llegada de Goicuría. —El primer vapor de la Mala del Pacífico.

Diez y siete meses de guerra civil encarnizada y destructora, habían agotado los recursos de Nicaragua y enervado el patriotismo de sus hijos.

Walker, si hubiera tenido alguna mediana habilidad, no sólo se habría adueñado de Nicaragua sin oposición, sino que habría sido el ídolo del pueblo que cansado de tan acerba lucha sólo deseaba la paz.

Por otra parte, leoneses y granadinos, que se odiaban a muerte y que desconfiaban mutuamente unos de otros, habrían preferido poner sus destinos eternamente en manos de un elemento ajeno a sus rivalidades, si éste se hubiera mostrado imparcial y conciliador.

Pero Walker era un aventurero bastante vulgar, cuya vista no alcanzaba más allá de sus conveniencias personales, y optó por el gastado sistema de apoyar al que consideró más débil contra el más fuerte, para explotar la división.

El partido democrático que había hecho la guerra a Chamorro por su absolutismo, porque llamó a Nicaragua Repú-

blica, y Presidente al Director, se encontraba con la situación en la mano y no obstante besaba humildemente el látigo de Walker, se servía de los mismos nombres para designar al gobernante y al país, y hacia exactamente lo que tanto combatiera.

La dilatada lucha había excitado de tal manera las pasiones, que los partidos olvidaban con frecuencia sus principios, por tal de encontrar la manera como desahogar sus resentimientos y venganzas.

El partido democrático, aunque aparentemente dueño de la situación, mandaba tanto en Nicaragua, como el legitimista. Baste saber, que ni el Presidente, ni los ministros, tenían autorización para hacer nada que no fuera del gusto de Walker, que cada día se mostraba más imperioso y exigente.

Los altivos leoneses, después de tantos años de lucha, vinieron a convertirse en siervos del jefe filibustero, de cuyo férreo dominio no podían, ni querían sustraerse. No podían, porque Walker se apoyaba en un crecido ejército de aventureros, cuyo número se aumentaba por cada vapor que llegaba a San Juan del Sur; no querían, porque pensaban que si se alejaban de Walker, éste se rodearía de los legitimistas a quienes temían más que a todos los males juntos. Todo, pues, parecía doblegarse ante el audaz aventurero.

El clero, que pudo haberse alarmado con la introducción del elemento protestante, fue por el contrario humilde cortesano, a quien se vio con frecuencia en las antesalas del autócrata, esperando como un favor el permiso de entrar a felicitarlo por el bien que hacía a Nicaragua.

Las alhajas de los templos le fueron dadas de orden del Jefe de la iglesia nicaragüense, para invertir las en la compra de rifles y elementos de guerra: mientras los personajes más notables del clero, como el cura de Granada, don Agustín

Vigil, que pasaba por el primer orador sagrado, agotaban el vocabulario de la adulación, llamándolo desde la tribuna del Espíritu Santo «*angel tutelar*» y «*estrella del Norte*».

Walker, para la buena marcha de su negocio, necesitaba de un órgano de publicidad, que diera a conocer sus conquistas en los Estados Unidos, en donde tenía cifradas sus mejores esperanzas. Fundó, pues, el 20 de octubre de 1855, un periódico bilingüe, que llamó *El Nicaragüense* escrito, una cuarta parte en un español bárbaro y las restantes en buen inglés.

*El Nicaragüense* retrataba fielmente el carácter de los filibusteros americanos. Era muy frecuente encontrar en un mismo número palabras de aliento para el pueblo de Nicaragua en la parte española, mientras en la inglesa, destinada a los Estados Unidos, se hablaba de conquista y esclavitud y se designaba a los nativos con los epítetos más odiosos y despreciativos.<sup>1</sup>

En el mismo mes de octubre, el vapor *Cortés* de la Compañía de Tránsito trajo de San Francisco un refuerzo de seiscientos americanos reclutas y una compañía más, organizada, armada y a las órdenes del Capitán Davidson.

<sup>1</sup> Degradados, afeminados, *greasers*, eran los calificativos amorosos con que el periódico filibustero regalaba a los nicaragüenses. Fue su redactor principal el filibustero Juan Tabor, aunque escribieron en él varios otros.

Cuando Centroamérica se coligó contra Walker, *El Nicaragüense* fue más insolente, y la *Gaceta Oficial de El Salvador* de 9 de octubre de 1856, aseguraba que la parte española se hallaba entonces a cargo del General don Manuel Carrascosa, uno de los ministros de Walker.

*El Nicaragüense* solía tratar sueltos por este estilo: «**FALLECIMIENTO** —old aguardiente (aguardiente añejo)— Un caballo bien conocido, perteneciente al Coronel Frank Anderson, murió súbitamente el domingo en la noche: el Coronel le enterró con pompa. Pocos caballos había en Nicaragua superiores a él, ya por su velocidad, ya por su fortaleza, hermosura y docilidad. Paz a sus crines». De aquí puede deducirse la clase de lectores a que estaría dedicada la publicación de los filibusteros —(N. del A.)

La condición de los nicaragüenses por este tiempo, no podía ser más triste y angustiosa. Los prisioneros de una horda de bandidos no habrían sido peor tratados que nosotros.

El *Chronicle* de Nueva York publicó correspondencias de su *reporter* en Nicaragua, que retrataban la vida y costumbres de los filibusteros. Éstos, según el *reporter*, robaban, asesinaban, incendiaban y violaban con la mayor impudencia, y cuando el corresponsal del *Chronicle* les hacía reflexiones sobre lo perjudicial que podía serles en lo porvenir una conducta semejante, contestaban, encogiéndose de hombros, «que los greasers no tenían sentimientos, ni eran de la misma especie que los blancos».

El Presidente Rivas y su ministerio, mientras tanto, sólo se ocupaban en hacer lo que Walker quería y en buscar la manera de mantenerlo grato. Triste parodia de gobierno; la administración Rivas traía a la memoria la Corte de Bluefields en tiempo de los ingleses. Don Patricio Rivas y su Gabinete hacían en Nicaragua por entonces el mismo papel político, que los jefes moscos bajo el protectorado de *mister* Patrick Walker.

La prensa de Europa y América discutía con calor las aventuras de los filibusteros. En los Estados Unidos casi todos los diarios aplaudían al audaz compatriota, a quien convertían en héroe de novela, comparándolo cínicamente con Hernán Cortés, con Francisco Pizarro y con los más célebres conquistadores; pero en Europa, el Brasil y toda la América Latina se le atacaba con dureza y se increpaba al Gobierno norteamericano.

El *Journal of Commerce* de Washington y otros periódicos respetables, que se suponía inspirados por el Gabinete americano, decían francamente, que éste no podía impedir los movimientos de Walker en Nicaragua, ni convertirse en policía de países lejanos.

*La Patrie* de París, el *Diario de la Marina* de La Habana y muchos otros periódicos, enemigos de los filibusteros, al propio tiempo que condenaban a estos, decían con mucha sensatez, que si Nicaragua era impotente para echar del país aquella turba de forajidos, había que reconocer que tenía bien merecida su suerte, porque la primera condición de un gobierno era estar en aptitud de poder resistir un asesinato.

Parecía inconcebible en el exterior, que 55 hombres pudieran sojuzgar a toda una nación, derrotando primero el ejército numeroso de Guardiola y obligando a capitular, sin un disparo, al más numeroso todavía, que comandaba Corral. De ahí la gran fama de Walker; de ahí el entusiasmo que despertaron sus triunfos en el pueblo americano, envanecido de tener por compatriota al héroe de tan portentosos hechos; y de ahí también ese desprecio universal por un pueblo tan desdichado y miserable que carecía de virilidad hasta para echar fuera a una pequeña gavilla, que lo saqueaba y asesinaba tranquilamente.

Las aventuras de Walker en Nicaragua tenían que ser toleradas por el Gobierno de Estados Unidos, a pesar de las repetidas protestas del Cuerpo Diplomático y de la reprobación enérgica de la prensa de casi todo el mundo civilizado, por las cuestiones con Inglaterra.

Después de suscrito el tratado *Clayton-Bulwer*, el Gobierno inglés continuó ocupando Belice, Roatán, la Reserva Mosquita y San Juan del Norte.

El Gobierno americano exigió enérgicamente la desocupación de aquellos territorios porque, conforme el artículo 1º del tratado, ambas partes habían convenido, «*que en ningún tiempo ocuparían, colonizarían, fortificarían ni ejercerían dominio alguno sobre Nicaragua, Costa Rica, la Costa Mosquita o parte alguna de Centroamérica*».

Inglaterra alegaba que esa estipulación se refería al tiempo venidero; pero nunca jamás a derechos adquiridos con anterioridad al tratado.

La prensa de ambos países tomó cartas en el asunto y lo discutió con tal acritud, que hirió el amor propio nacional de ingleses y norteamericanos.

A esta cuestión diplomática entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos, vino a agregarse la de las reclamaciones entre los mismos, por ciertos enganches efectuados en territorio americano para la guerra de Crimea; y llegaron a tal punto las cosas, que la Cancillería de Washington cortó de golpe la discusión, enviando pasaportes a *mister* Crampton, ministro residente de Inglaterra, para que desocupara el país.

En tal ocasión, el aparecimiento de Walker, como conquistador americano en Nicaragua, venía indirectamente a apoyar los intereses de los Estados Unidos en la cuestión pendiente.

Era Presidente de la Unión Americana, en aquellos días, el General Franklin Pierce. Había sido elevado por los votos del partido democrático en la elección de 1852 y tomó posesión de la Presidencia el 4 de marzo de 1853.

Mister Pierce deseaba ser reelecto en los comicios de 1856, y de ahí también, que para no perder popularidad, fuera su política tan poco franca y definida en los asuntos de Walker.

El secretario privado de *mister* Pierce sostenía correspondencia con el filibustero *mister* Fabens, y esas cartas, que fueron publicadas en junio de 1856, lo complicaban en la expedición del vapor *Tennessee*, que fue detenido por las autoridades federales del Estado de Nueva York.

Walker, que seguía con ojo avizor todos los movimientos de la política americana, tuvo especial cuidado en hacer que

el Gobierno de Nicaragua enviara un representante a los Estados Unidos. La elección naturalmente tuvo que recaer en uno de los suyos, y Parker H. French, entonces ministro de Hacienda, fue nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario.

El nuevo ministro era digno de la causa que iba a representar en Washington. French era tahúr de profesión y tenía en Norteamérica cuentas pendientes con el Gobierno, que lo había perseguido como concusionario. Sin embargo, no vaciló en presentarse ante *mister Pierce* en 19 de diciembre de 1855.

*Mister Wheeler*, ministro americano en Nicaragua, tan pronto como se inauguró el Gobierno de don Patricio Rivas se apresuró a reconocerlo oficialmente.

Don José de Marcoleta, antiguo ministro de Nicaragua en Washington, don Antonio J. de Irrisarri, de Guatemala y don Luis Molina, de Costa Rica, se dirigieron inmediatamente a la Cancillería americana, protestándole por el reconocimiento indebido que su representante en Nicaragua había hecho de un Gobierno impuesto por una gavilla de filibusteros. El Cuerpo Diplomático residente en Washington, representado por los ministros de España, Francia, Brasil, Chile, Perú y demás naciones sudamericanas, apoyó las protestas anteriores, y *mister Pierce* no tuvo más camino, para ser consecuente con las reclamaciones que entonces hacía a Inglaterra por los enganches americanos para la guerra de Crimea, que desaprobó la conducta de su ministro en Centroamérica.

En situación tan desfavorable para el filibusterismo americano, se presentó en el Capitolio Parker H. French, pidiendo oficialmente que se le reconociera en su elevado carácter diplomático. *Mister Marcy*, secretario de Relaciones Exteriores, le contestó en 21 de diciembre de 1855, manifestándole que no podía recibirlo, porque los que habían establecido el ac-

tual orden de cosas en Nicaragua no eran ciudadanos de ésta, ni el voto popular, libremente manifestado, había sancionado su presencia en el poder. Más claro, *mister Marcy* significó a French que reputaba a don Patricio Rivas como un prisionero de Walker, y a su Gobierno como «*Gobierno de parapeto*».<sup>2</sup>

Pocos días después French fue arrestado en Nueva York, acusado de estar haciendo enganches de filibusteros para Nicaragua; y aunque se le puso en libertad al poco tiempo, parece que *mister Pierce* le hizo decir privadamente, que si no tomaba soleta lo más pronto posible, podría suceder muy bien que se volviese a tratar de sus antiguas cuentas.<sup>3</sup>

Antes de estos acontecimientos, el 8 de diciembre del mismo año, el Presidente Pierce, creyéndose obligado a satisfacer al Cuerpo Diplomático, publicó una proclama, prohibiendo a los ciudadanos de la Unión Americana, que tomaran parte en las expediciones de Walker, que llamó «*vergonzosas y criminales*».

Cuando Walker tuvo noticia de los anteriores sucesos, obligó a don Patricio a expedir el decreto de 22 de enero de 1856, cerrando las relaciones oficiales con el ministro *mister Wheeler* y revocando los poderes conferidos a Parker H. French, que regresó algún tiempo después sin haber obtenido cosa alguna del Gobierno americano.

French, no obstante sus defectos, era un agente activo; y viendo que Marcoleta estaba reconocido como ministro de Nicaragua, trató de sobornarlo, ofreciéndole veinticinco mil pesos, para que se pusiera al servicio de Walker. Marcoleta, a pesar de encontrarse muy pobre, rechazó con indignación la propuesta.

<sup>2</sup> *The Herald* —Nueva York, diciembre 22 de 1855.

<sup>3</sup> Historia del General Walker, de sus asociados y de sus proyectos —reproducida en la *Gaceta Oficial* de Managua, 1857.

En esos mismos días fue denunciado el enganche de doscientos americanos que salían para Nicaragua en el vapor *Northern Light* y las autoridades de Nueva York los capturaron; pero el vapor se escapó con las armas y municiones.

Walker cada vez más impolítico, obligó al Gobierno de Nicaragua a gravar con seis reales de alcabala cada libra de tabaco que se introdujese, y de esta manera contuvo la importación que se hacía de Centroamérica y favoreció la de Virginia.

El 18 de febrero de 1856, Walker obligó también al Gobierno a dar otro decreto, que revocaba todas las concesiones y privilegios concedidos a la compañía americana del Canal y accesoria de Tránsito por Nicaragua, fundándose en que no había cumplido sus compromisos y disponiendo el embargo de sus propiedades, caso de no satisfacer lo que adeudaba.

Desde que Walker proyectó en San Francisco la ocupación de nuestro suelo, tuvo el propósito firme de explotar en su provecho la falsa posición en que con respecto a Nicaragua se había colocado la Compañía. De ahí su empeño para que Castellón lo facultara para el arreglo de las dificultades pendientes; y de ahí también el fijar su centro de operaciones en Rivas.

La compañía, entre varias de sus obligaciones, contaba de pagar anualmente diez mil pesos al Gobierno de Nicaragua, y además, un diez por ciento sobre los productos netos del tránsito; pero con excepción de la primera anualidad, la Compañía siempre encontró pretexto para no desembolsar un centavo más.

El General Chamorro con su energía característica empezaba a exigir el pago, cuando fue distraído de su propósito por la revolución democrática.

La Compañía, que de sólo el diez por ciento sobre pasajeros adeudaba noventa mil y pico de pesos, se apresuró a reconocer al gobierno provisional de León y entrar en inteligencias con éste.

Más tarde se presentó Walker, autorizado por el gobierno provisional, pidiendo el arreglo de cuentas, y la Compañía eludió hábilmente tocar el asunto, contentando al comisionado con facilitarle hombres, poner a su disposición los vapores del lago para las operaciones militares que llevó a cabo, y darle veinte mil pesos que le exigió a buena cuenta.

La Compañía de Tránsito tenía por jefes a los señores Carlos Morgan y J. L. White, en Nueva York, y a *mister* Garrison por agente en San Francisco. Éstos, mirando solamente sus propios intereses, creyeron en un principio que podrían explotar a Walker en su provecho, pero no tardaron en salir de su error. Los negociantes Morgan y Garrison fueron los primeros en comprender a su compatriota, y como de otro lado veían elevarse en el seno de la propia Compañía la influencia rival de *mister* Vanderbilt, el opulento y emprendedor armador de Nueva York, *mister* Morgan resignó la presidencia de la Compañía y se retiró de ella con sus asociados. *Mister* Vanderbilt fue elegido en su lugar.

Garrison continuó prestando servicios a Walker en San Francisco, y Morgan en Nueva York, e inspirado por éstos, reclamó de *mister* Vanderbilt cuatrocientos doce mil pesos que la Compañía adeudaba a Nicaragua por las anualidades de diez mil pesos y las utilidades del diez por ciento. *Mister* Vanderbilt alegaba fraudulentamente que la Compañía no había tenido utilidades hasta esa fecha; pero Walker cerró bruscamente la discusión con el decreto de 18 de febrero de 1856, en que se mandaba confiscar los buques y propiedades de la Compañía por la cantidad reclamada. Hecho el ava-

lúo de los bienes embargados, fueron justipreciados en ciento sesenta y un mil pesos solamente; de suerte que la Compañía despojada quedó a deber todavía un fuerte alcance.

Sus derechos y privilegios los concedió Walker a un tal *mister* Edmundo Randolph, amigo personal suyo y agente de Garrison, que había llegado a tiempo para esta negociación, y que volvió a partir inmediatamente para Nueva York, para traficar con ella. En esta ciudad hizo, probablemente por fórmula, una oferta de retrocesión a *mister* Vanderbilt, que la rehusó en el acto. Randolph entonces trató con Morgan y Garrison, que volvieron a aparecer en la escena, después de haber hecho lo que se llama *una falsa salida*. Estos señores volvieron a comprar a Walker, mediante la suma de cuatrocientos mil pesos, los vapores y el material de su antigua Compañía, que sólo habían sido estimados al principio en ciento sesenta y un mil pesos.<sup>4</sup>

La noticia del despojo de la Compañía causó verdadera sensación en los Estados Unidos. Muchos de los miembros que la componían eran hombres ricos y de grandes influencias. Éstas se hicieron sentir inmediatamente en la prensa americana, cuya mayor parte dejó de comparar a Walker con Cortés y con los grandes conquistadores, para llamarlo simple y llanamente *capitán de bandidos*.

El despojo de las propiedades de la Compañía fue para *mister* Vanderbilt y sus socios como si les hubiera caído un rayo. Invocaron el auxilio de su Gobierno; pero *mister* Pierce les contestó, que tenían muy bien merecido cuanto les pasaba, porque habían sido aliados y cómplices de Walker, y que el Gobierno americano no podía intervenir en las disputas de camaradas que se peleaban. *Mister* Marcy los remitió irónica-

---

<sup>4</sup> Historia del General Walker, de sus asociados y de sus progresos, atrás citada.

mente a las autoridades de Granada.

Resolvieron entonces emplear todos los medios posibles para derrocar al hombre y al poder que ellos mismos habían importado y sostenido en Nicaragua.

Con este objeto *mister Vanderbilt*, conocido después como el *Creso norteamericano*, desplegó sus influencias por todas partes y entabló correspondencia con los presidentes de la América Central, para impulsarlos a combinar sus esfuerzos contra el enemigo común. Negociaciones semejantes inició también con la América del Sur prometiendo hombres, municiones y subsidios, y contribuyendo poderosamente a realizar la liga hispanoamericana, cuyas bases se firmaron entre Chile, el Perú y el Ecuador, en la ciudad de Santiago.

Vanderbilt y sus socios fueron, desde esa fecha, los aliados más activos y fieles de los Gobiernos centroamericanos.

El General Cabañas, debilitado por los auxilios que prestó a la revolución democrática, no pudo resistir la revolución de López y sucumbió en los campos de Masaguara el 6 de octubre de 1855.

El primer paso de Jerez, así que creyó que la situación estaba en manos de los democráticos, fue invitar a Cabañas para que pasara a Nicaragua a recibir auxilios con qué recuperar el poder perdido en Honduras.

Pendiente este compromiso, que era tan sagrado para el jefe democrático, éste consintió en todo cuanto Walker exigía, por tal de que cuando llegara Cabañas no tuviera pretexto alguno como negarle lo que había prometido.

El 3 de diciembre de 1855 se presentó Cabañas en Granada y fue recibido con todos los honores de un antiguo Presidente; pero cuando Jerez quiso hacer efectivo su ofrecimiento, Walker se opuso aplazando el auxilio para más tarde.

Cabañas manifestó entonces, que en el inmediato mes de enero terminaba su período de Presidente en Honduras; que pasada esa fecha no tenía derecho para llevar la guerra, y que por lo mismo desistía de toda idea a este respecto.

Jerez, bastante contrariado, fue a encaminar a Cabañas hasta León. En esta ciudad hubo una reunión de los principales hombres del partido democrático, y en ella tomó la palabra el jefe hondureño para manifestar con la energía y franqueza que acostumbraba con sus amigos, que en vez de salvar a Nicaragua del atraso político y de la opresión, como tanto lo habían cacareado, no habían hecho otra cosa que entregarlo miserablemente a un capitán de ladrones, que lo trataba como país conquistado, y que tan luego como se sintiera fuerte, trataría también de conquistar el resto de Centroamérica.

Jerez fue el primero en confesar su error y en ofrecer solemnemente, que desde esa hora se consagrara a la salvación y libertad de Nicaragua.

El jefe democrático era un verdadero patriota, tenía gran talento, mucha ilustración, un valor a toda prueba y una honradez tan exagerada, que con frecuencia lo hacía víctima del engaño de todo el mundo a quien juzgaba por sí mismo.

Desde su viaje a Europa como secretario del ministro Castellón, convencido del ridículo papel que hacían ante el mundo «*las cinco soberanas miniaturas de Centroamérica*», se convirtió en el más decidido partidario de la reconstitución nacional.

Más tarde tuvo amistad con Barrundia y por medio de éste con Cabañas, jefes ambos del partido nacionalista. Por este último, que fue «*el caudillo más honrado de su tiempo*», sintió Jerez entrañable cariño y veneración sin límites.

El carácter de Jerez no permitía términos medios en tra-

tándose de llegar a una conclusión. «*Ser o no ser*» era el problema planteado, y para ser centroamericano, creía lícito cualquier medio, ni más ni menos que Chamorro para lograr el sostenimiento del orden.

El candor y buena fe de aquel hombre, a quien la posteridad ha calificado de «*alma de niño y corazón de león*», fueron explotados hábilmente por el jefe filibustero, que le hablaba siempre un lenguaje en consonancia con sus ideas y le hacía hermosas promesas que se aplazaban por las circunstancias.

Pero cuando Cabañas «*el hombre idea*» como le llamaba el mismo Jerez, le hizo ver el abismo en que había sumido a Nicaragua y las desgracias sin cuenta que sobrevendrían a Centroamérica, abrió los ojos y se propuso remediar el mal que había causado.

Jerez, al regresar a Granada se separó del Ministerio. Otro tanto hizo Selva, su compañero de causa; y el Gobierno del señor Rivas quedó reducido a éste, al ministro Ferrer, que era un abogado de provincia, y a Walker, señor y jefe absoluto de Nicaragua.

Por renuncia de Jerez y Selva, Rivas nombró, en reposición de ambos, respectivamente, a los señores doctor don Norberto Ramírez y licenciado don Sebastián Salinas; pero no aceptaron. Nombró entonces al señor licenciado don Francisco Baca, para el desempeño de ambas carteras, y también se excusó de servir las. Los amigos de Jerez obedecían una consigna, y el presidente Rivas tuvo que resumir todas las carteras en Ferrer, que asumió el carácter de *ministro general*.

El desagrado de los democráticos no podía manifestarse más claramente, y Walker, que fue de los primeros en comprenderlo, procuró atraer a su lado al partido legitimista; pero éste que no olvidaba el sangriento patíbulo de Corral, recha-

zó los halagos y prefirió vivir en los bosques.

Desde el asesinato del jefe legitimista, Granada y las principales poblaciones que le pertenecían en política, permanecían desiertas. Las familias, refugiadas en la espesura de las selvas más apartadas, huyendo de las hordas de filibusteros, eran una elocuente protesta del terror que inspiraban Walker y sus hombres. Así lo comprendieron éstos, por lo cual obligaron al Presidente Rivas a señalar multas y severas penas para los que no regresaran a sus hogares en determinada fecha, aunque todo fue en vano: el horror al salvajismo de los *yankees*, era mayor que el apego a las propiedades que les arrebataban en castigo de su desobediencia.

Aquel horror estaba justificado. A los abusos que conocemos, a los robos y violaciones cínicas de todos los días, los filibusteros habían agregado un desprecio tal por los naturales, que uno de ellos en el cuartel de Granada llegó hasta disparar su fusil sobre el primer transeúnte que pasó, para averiguar si estaba bien calculada la pólvora. Inútil es decir que adquirió la seguridad de su puntería.

En el mes de enero de 1856 llegó a Granada un comisionado de don Domingo Goicuria, jefe de los revolucionarios cubanos en Nueva York. Walker convino con éste, en que los recursos materiales y pecuniarios de Nicaragua se unirían con los de la junta revolucionaria de Cuba para hacer causa común y asegurar la prosperidad de la América Central y libertar a Cuba de la tiranía española. El jefe filibustero empeñaba, además, su palabra de honor, de cumplir su ofrecimiento, tan luego como hubiese consolidado su Gobierno.

En el mes de febrero inmediato comenzó a tocar con toda regularidad en los puertos de Centroamérica, un vapor de la *Mala del Pacífico*. Esto regularizó también las comunicaciones de los Estados, antes tardías e inseguras.